

estuviera á su lado, uno de sus grandes oficiales, miembro del Instituto, le dijo: «¿Desde cuando, caballero, se permite el Instituto convertirse en Asamblea política? Que haga versos, que censure las faltas del lenguaje, pero que no salga del círculo de las musas, ó yo haré que vuelva á entrar en él.»

Las letras, ya lo hemos visto por lo que antecede, tenían en Europa en la mayor parte de las naciones representantes tan ilustres como Francia. Ya hemos indicado en que la aventajaban, y en que géneros

le dieron modelos. El mismo melodrama francés es de importación alemana.

Inglaterra fué la escuela del periodismo europeo. La revolución inglesa del siglo XVII dió gran impulso á la sed de noticias, y el *Weekly News*, publicado por Butter en 1622, se vió desde luego muy solicitado. La contrarrevolución ó la restauración no pudo detener los efectos del período republicano así tras el año 1688 aparecen nuevos periódicos, saliendo en 1702 el primer diario que fué el *Daily*



OLIVERO GOLDSMITH

*Courant*, siguieron á este en 1769 el *Morning Chronicle* que continuó publicándose hasta 1862; en 1781 nació el *Morning Post* que aún hoy día se publica, y el *Daily Universal Register* que trocó en 1.º de Enero su nombre por el de *The Times*, nació en 1785.

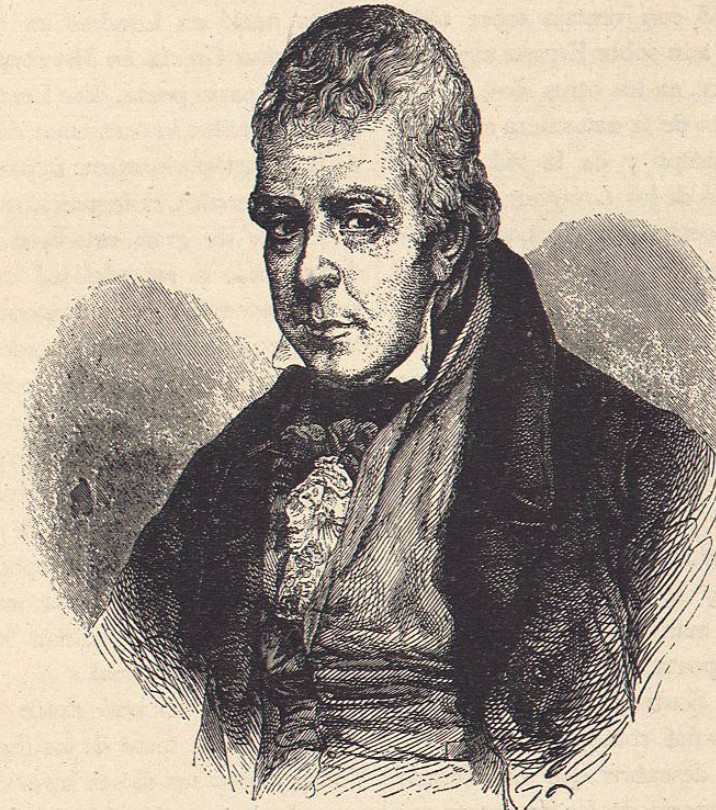
Restringida la prensa inglesa en sus primeros años del siglo XVIII, á medida que le fué concedida mayor suma de libertad, fué extendiendo su órbita de acción, de modo que desde el año 1772 vienen siendo los periódicos ingleses lo que son hoy día. Las sesiones de los Parlamentos, la noticia política nacional y extranjera, la crítica literaria y artística, la gacetilla comercial, todo, incluso las revistas de tribunales aparecen en los diarios ingleses: así tampoco es de extrañar que los poderes

públicos en vista de su acción y cuando aún no estaban acostumbrados á la publicidad de sus actos, pensaran en poner límite á una prensa que había ya vendido en 1800 diez y seis millones de números, y así después de perseguirla y acosarla entre 1800 y 1811 hasta condenar con ser suprimidos noventa y cuatro de los ciento y un periódicos que tenía Londres, viendo esto ineficaz se la sometió al timbre, gabela inaguantable, pues se pagaron cinco y luego cuarenta y dos céntimos de peseta por número, lo que hubiera matado la prensa en cualquier otro país que en Inglaterra, pero la independencia de los periodistas fué recompensada por el pueblo inglés, que hizo posible la libertad é independencia de los periodistas pagando el impuesto.

En Alemania, en la tierra clásica del libre pensar

y de la prensa, la prensa política aparece también muy tarde, pero esto era en Alemania debido «al atraso en la cultura,» como lo reconoce el mismo Leixner. En Alemania, lo mismo que en Austria, en los países germánicos todos la cultura del pueblo era escasísima, y el espíritu público, no ya nacional no existía en ninguna parte. Napoleon, queriendo reducir á Alemania á provincia ó feudo francés, despertó el sentimiento alemán, y principiaron á amarse como hermanos los que hasta en-

tonces se habían odiado: como bávaros, sajones, prusianos, hannoverianos, etc. Esto mismo se lee en el número del mes de Mayo de 1793 en el *Mercurio alemán* que redactaba Vieland en el que se lee que Alemania «es una pura expresión geográfica.» ¡Cuánto, pues, no han de llorar los franceses que su vanidad por la gloria militar haya sido la causa de que fuera una realidad esa expresión geográfica! En fin hasta 1799 no salió el primer periódico que ofrece materia para la historia política, este periódico



WALTER SCOTT

es la célebre *Gaceta de Augsborg*, que aún hoy se publica.

En España no tuvimos prensa política hasta haber declarado la libertad de imprenta las Cortes de Cádiz, que es lo mismo que decir que la prensa política desapareció de nuevo al restaurarse á Fernando VII.

De periódicos literarios hubo no pocos durante el siglo XVIII, mereciendo el primer puesto el *Diario de los literatos* que publicaban Salafranca, Puig é Iriarte á mediados del reinado de Felipe V, sin que por esto consiguieran con su razonada crítica detener la invasión del mal gusto y la decadencia de la literatura española.

La censura no siempre podía empero ahogar la expresión de los patrióticos deseos de los que re-

dactaban el *Pensador*,—Clavijo y Fajardo,— el *Censor*,—redactado por Cañuelo, y otros periódicos que trataban de reformas de costumbres, hasta con verdadero criterio revolucionario, durante las épocas de Carlos III y Carlos IV, pero esta prensa iba á manos de muy poca gente, y esta gente en general, aún la más inclinada á soluciones liberales, era poco amiga de novedades. Fué también necesario el cáustico napoleónico para que en España el espíritu público se enardeciera.

En la amena literatura ya hemos indicado que el género sentimental que en Francia pusieron de moda Saint-Pierre y Chateaubriand y en España Cadalso que les adelantó, tenía sus antecedentes en Inglaterra y Alemania: pero es de Inglaterra de donde nacieron los grandes modelos con Richardson y



Young. El buen sentido inglés quiso desde luego salir al reparo de una literatura tan enervadora como lo es toda literatura puramente sentimental, y Goldsmith lanzó contra ella *El vicario de Wakefield* destinado á reanimar el espíritu naturalista y positivista del genio inglés.

Macpherson, Couper y Burns en la poesía no se dejaron arrastrar por la nueva escuela, y si en el primero, que atribuyó sus poesías al bardo céltico Osian, porque Macpherson cantaba el sentimiento nacional que en Inglaterra iba progresando y desarrollándose desde 1688 con ventaja sobre todas las naciones europeas, aún sobre España cuya unidad databa del siglo xv, en los otros dos, lo que domina es el sentimiento de la naturaleza inspirado por las realidades del campo y de la vida moral. Estos fueron los maestros de los *Lakepoets*, es decir, de una generación de poetas lacustres, que vivieron y existieron á orillas de los lagos de Cumberland Walter Scott, Moore, Coleridge, etc., en donde fueron exagerando ese color local que acaba por hacerse monótono, por su fijeza, como la misma naturaleza. Por esto no es posible en todos estos poetas y al mismo Wordsworth, dejar de notar su nota vulgar.

La revolución empujó, sin embargo, á todos esos genios por las vías románticas. La exaltación patriótica es contagiosa y se apodera de todos los pueblos y de todas sus manifestaciones. Coleridge, un *Lakepoet*, fué un poeta revolucionario y republicano, como lo fué Southey, y como lo fueron muchos otros, y como lo fué, como ya hemos dicho, el pueblo inglés, basta descubrir que era fingido aquel entusiasmo humanitario de los franceses por la emancipación de los pueblos. Pero estos tráfugas no reniegan por esto de la libertad, y Moore lanza sus sátiras lo mismo contra los violentos conquistadores que contra los farsantes diplomáticos de la Santa Alianza.

Cuanto pueda decirse en este sentido tiene en la literatura inglesa dos grandes representaciones. Walter Scott, —1771-1832,— con sus grandes novelas históricas en las que el literato, el historiador y el anticuario se dan la mano para escribirlas, nos revela este amor de los ingleses por su historia, por sus costumbres, por su pasado, que tantas cosas raras, carnavalescas hace que todavía hoy se noten en sus costumbres. Por esto este género literario al pasar á otros países pierde todo su sabor é importancia, porque lo mismo en Francia con Víctor Hugo, que en Italia con Manzoni, que en España con Fernández y González, es necesario que el

elemento novelesco literario, tenga parte más principal que el histórico y arqueológico que son los dominantes en la literatura inglesa. En los países latinos se anda más aprisa que en los anglo-sajones, y sin la reacción católica de 1815 puede asegurarse que ese género literario hubiera tenido dificultades en arraigar en nuestro agitado suelo continental por las pasiones democráticas.

Progresivo el espíritu inglés, amigo de lo ideal, aún cuando dé á ese ideal una base positiva, esa cara de su espíritu la representa lord Gordon Byron quien nació en Londres en 1788, para ir á morir al resucitar Grecia, en Misolongi, en 1824. En este extraordinario poeta, dice Leixner, «estaban personificados todos los extremos de su agitada época y de la naturaleza humana: la pasión exaltada por los goces materiales, el desprecio más profundo de todo, arranques de gran entusiasmo, la duda glacial y destructora, la incredulidad desesperanzada, y el deseo indomable de un mundo eterno y elevado. Nadie como Byron ha sabido conmover al alma, pero la conmoción concluye con la lectura.»

Y dice el mismo autor al tratar de la literatura poética de su patria: «La literatura alemana llegó á su apogeo en la segunda mitad del siglo pasado, pero mientras las literaturas de otras naciones llevan el sello de su respectiva época y nacionalidad, la alemana se limita sólo á la imitación, por cuanto en aquel país aún no existían los ideales de patria, ni de carácter individual.»

Alemania se aficionó desde luego á la literatura sentimental que tomó de los ingleses. Richardson y Young fueron sus dioses hasta conocer á J. J. Rousseau: desde este día el humanitarismo se infiltró en la literatura alemana, hasta sacrificar lo que les quedaba de idea de patria á la obra de la fraternidad universal. Por esto hallaron siempre fácil los franceses su dominación en Alemania, hasta en la misma Prusia en donde germinaba desde el gran Federico la idea de su hegemonía sobre los países germánicos, encontró Francia una sumisión que sólo se explica recordando lo que hemos dicho del enervador efecto de la poesía sentimental, pues de no ser así, los cantos de Kleist, Cronégh y Ramler hubieron despertado á su tiempo ese sentimiento patrio que Napoleon no encontró á su frente hasta los días de sus grandes infortunios.

Los trabajos de Abot, —1761,—Zimmerman, —1758,—y Moeser, eran más bien obras literarias que obras sentidas, eran imitaciones francesas, y precisamente la patria alemana no podía afirmarse sino en frente de la patria francesa.

Este trabajo lo principió inconscientemente Lessing, —1729-1781,— desmoronando los pedestales de Voltaire, Corneille y Crebillon para que resaltara más alto el de Shakespeare á quien presentó como el verdadero modelo, y como compartiera con el favor público en sus días de gran actividad literaria Klopstock con su *Mesiada*, —1743,— en cuyo poema si faltan ideas no está falto de elevados sentimientos, la aspiración á una literatura propia, nacional, alemana, fué tomando cuerpo, hasta llegar á producir, antes de cerrar el siglo, sus grandes representantes.

Wieland con su diario y con sus obras *Oberon* y *Gaudalin* se llevó por el camino del romanticismo á la literatura alemana, porque todo el mundo exigía ya aquella dulce y suave facilidad de lenguaje, antes de Wieland desconocido en Alemania, también como Lessing sintió la necesidad de la independencia de la literatura patria y en el *Mercurio alemán* como ya hemos dicho, afirmó más de una vez y con valentía la existencia de esa patria alemana para tantos considerada como él mismo recordaba como una «expresión geográfica.» Unióse á estos escritores Herder, quien abundaba en sus mismos sentimientos, y á este triunvirato se debió el que la literatura alemana se inspirase en sí misma, en vez de ir á buscar los modelos ora en Francia, ora en Inglaterra, ora en España al ser conocido por ella el teatro de Calderón.

Como engendrado por el espíritu de Lessing, Wieland y Herder, nació en 28 de Agosto de 1749 en Francfort, sobre el Mein, Goethe. Este genio colosal, con su *Werther*, —1774,— se puso al frente de todos los novelistas alemanes; con su *Goetz de Berlichingen*, al frente de todos sus dramáticos. Todas sus obras merecen ser citadas; todas tienen derecho á ocupar un puesto preferente y como era imposible dar remate á tan grandes creaciones sin una creación especial, extraordinaria, Goethe sobre una tradición patria creó su *Faust*, poema incomparable é incomprensible en su segunda parte, si el lector atraído por la belleza de los episodios llega á perder de vista que el gran Goethe no se propuso más en el *Faust* que retratar el hombre con todas sus grandes pasiones y sus grandes debilidades.

«En la mayor parte de sus obras, dice Leixner, se observa un hábito escéptico y el orgullo glacial del hombre afortunado, lo que enajena á este autor las simpatías de las almas sencillas, generosas y comunicativas. Las cualidades más características de sus obras, además de su mérito especial práctico y científico, son el orden y la armonía. El sentimiento

norebosa del corazón, sino que es puramente artificial, obra de un artista frío y que tiene la conciencia de su celebridad. De haberse educado y haber podido escribir en un país más libre y menos feudal, no se habría limitado ciertamente Goethe á las creaciones puramente literarias, científicas ó psíquicas, y habría influido más en el carácter nacional alemán.»

Contra este estado social vino á protestar el ídolo de la literatura alemana, Schiller. Si no fué la envidia, si no fueron los celos los que alumbraron en él el fragoroso fuego de su imaginación al ver al joven Goethe querido de todo el mundo, de hombres y mujeres, y mirando á todos sus colegas de reojo desde su grande y fastuosa posición social, puede sí, asegurarse, que Schiller se decidió franca y resueltamente á combatir un medio social tan poco simpático para la gente de la inteligencia, en el que no quería pudrirse como le sucedió á Juan Pablo Richter, que acabó por llevarle la miseria á un manicomio, en donde aún arrastró su vida por espacio de treinta y seis años. ¡Qué tiene, pues, de extraño, que Schiller en sus *Bandidos*, que tanta sensación causaron á pesar de sus extravagancias y de la falta de naturalidad en personajes y situaciones, lleve por derroteros exagerados esa protesta contra una sociedad que condena al genio y al talento á la indigencia!

A su brusca acometida se acudió y se le dió la mano. Se quiso hacer de él un amigo de esa sociedad tal cual es y no un adversario.

Diósele, pues, no un teatro, que es lo que procedía tratándose del primero de los dramáticos alemanes, sino una Cátedra de historia, de la que salieron obras como *La separación de los Países Bajos de la Monarquía española* y *La guerra de los treinta años*, que no cuentan, por fortuna para su gloria. Tampoco sus trabajos estéticos tienen importancia. Juan Pablo fué más allá que él, y es que no basta tener genio para ser pensador, si es que estas condiciones no se excluyen, que el genio sintético y el analítico todo de una pieza apunta en Goethe tan solo, pero no llegó á la madurez.

«Goethe y Schiller son los únicos poetas de aquella época que supieron vencer y sobreponerse al sentimentalismo. Ellos han sido los que supieron dar forma y proporciones nobles y dignas á los ideales de su época, vagamente columbrados á la sazón; ellos supieron dar á los motivos populares de la literatura alemana, la belleza de lo antiguo y reprimir las tendencias de exagerar los modelos, que sus compatriotas creían imitar. Por lo demás, difieren notablemente ambos autores; Goethe ve, observa y